

PHYSIS

REVISTA DE LA ASOCIACIÓN ARGENTINA DE CIENCIAS NATURALES

SESQUICENTENARIO DE LA REVOLUCION DE MAYO

SESIONES CIENTIFICAS
DE ZOOLOGIA

TUCUMAN

Noviembre 6-11 de 1960.

*CON LOS AUSPICIOS DE LA
COMISION NACIONAL EJECUTIVA DEL
150º ANIVERSARIO DE LA REVOLUCION DE MAYO*

BUENOS AIRES

1961

CIENTO CINCUENTA AÑOS DE ZOOLOGIA ARGENTINA

por MAX BIRABÉN

Qué mejor para apreciar la grandeza de la patria que un examen retrospectivo que nos permita aquilatar lo que hicimos, hasta dónde hemos llegado y las perspectivas del futuro. Por ello es que con tan loable propósito, en este año en que conmemoramos el fasto del año 10, la Comisión Nacional Ejecutiva del 150º Aniversario de la Revolución de Mayo, ha querido auspiciar todo acto que signifique el balance científico del siglo y medio transcurrido; y ha confiado a nuestro eminente doctor Houssay la organización de congresos, reuniones, jornadas, sesiones, como quiera llamárseles, como demostración del alto progreso logrado.

Citarnos en Tucumán para el recuerdo, como lo harán en breves días las Jornadas Botánicas, es rememorar otro gran acontecimiento, estrechamente vinculado al desarrollo de las ciencias naturales en nuestro país. La Primera Reunión Nacional de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, congregada aquí en 1916, en el centenario de la independencia nacional. No hubiera cabido entonces reunir separadamente todo lo que abarca las ciencias naturales, porque faltaba aún sazonomiento. Pero en 1960 ya tenemos perspectiva para abarcar panorámicamente los progresos en las distintas ciencias naturales; ahora podemos apreciar cabalmente la obra realizada para exaltarla separadamente.

Sin duda con Burmeister y por su larga actuación en el país nace el interés por las ciencias de la naturaleza y particularmente por la zoología. Debemos así fijar como fecha memorable la de febrero de 1862 en que se hace cargo del Museo Público de Buenos Aires. Antes, sólo la creación de ese mismo Museo, Museo del País, como lo llamara su creador Bernardino Rivadavia en 1812.

Los años difíciles de la iniciación políticosocial nacional y la tiranía que hubo que superar, justifican que transcurriera medio siglo antes de hallarse el verdadero camino. Pero tres acontecimientos fueron de trascendente importancia como para considerarlos en forma muy especial.

A pesar de la tarea cumplida por los misioneros en el Paraguay y norte argentino, a pesar de las excelentes referencias de Sánchez Labrador, puede afirmarse que nuestro territorio como Sudamérica en general, era tierra incógnita antes de 1810. Fueron tres grandes naturalistas viajeros los que pusieron los primeros jalones para el justo conocimiento de lo que ahora es nuestro país: Azara, Darwin y d'Orbigny; son los que atrajeron la mirada del mundo científico europeo hacia esta parte del mundo y despertaron la inquietud de Burmeister.

Félix de Azara (1742-1821). — Quiso la casualidad que don Félix de Azara, militar de carrera, viniera a fines del 1700 y se llegara al momento crítico en que había de desviarse el curso de su vida hacia otro rumbo. El acontecimiento determinante de tal cambio fue el tratado de San Ildefonso, convenido entre España y Portugal, para el ajuste de límites entre el Brasil y las colonias españolas de América del Sur. Decidido el envío de cuatro comisiones, Azara fué nombrado jefe de una de ellas y se embarcó para América arribando al Brasil, desde

donde continuó viaje con sus compañeros de expedición al Río de la Plata. En Montevideo los comisionados recibieron órdenes del Virrey, tocándole a Azara el encargo de hacer por tierra viaje a Río Grande de San Pedro, capital de la provincia del mismo nombre, para entenderse con las autoridades portuguesas.

Azara refiere que la misma noche de su regreso al Río de la Plata recibió orden de marchar a Asunción. Allí esperó largamente a los demarcadores portugueses, y en vista de que éstos no llegaban se resolvió a emprender por su cuenta exploraciones como geógrafo, para ir conociendo el país. Es entonces que se enfrenta con una naturaleza que despierta la sensibilidad del naturalista y define su carrera vocacional de zoólogo. Sin desconocer su obligación principal ni descuidar su tarea específica, ya que él dice que en ningún momento perdió de vista el objeto de la misión de que estaba encargado, hizo largos viajes por la región del Paraguay, costeándose todos los gastos.

Trece años duró ese deambular fructífero de Azara por tierras vírgenes de América, sin otro equipaje que el de la ropa indispensable, armas, algunas proveedurías, café, yerba, tabaco y sal. Viajaba siempre a caballo, marchando solamente durante el día y acampando antes del anochecer para evitar emboscadas y peligros, y para darse él mismo, y proporcionar a los hombres que lo acompañaban y a los animales que llevaba, el necesario descanso. Aprovechaba estos altos para redactar sus notas de viaje y ordenar sus apuntes. Su propia descripción del viaje que hizo de Santa Fe a Corrientes, da idea de los peligros que afrontó y las penurias que hubo de soportar en cada jornada.

Reconocidos oficialmente los servicios prestados a su país por sus trabajos como geógrafo, fue ascendido, y poco después se le otorgó el mando de la frontera con el Brasil. Esto no obstaculizó, sino que facilitó los medios de proseguir el estudio de la fauna de vertebrados, particularmente de aves y de mamíferos que le interesaron de manera especial. En repetidas oportunidades, durante su larga permanencia, remitió a España ejemplares de la fauna sudamericana con informes completos respecto a los mismos. Hace referencias a esos envíos en carta a Walckenaer, quien estudia los artrópodos ápteros y se ocupa especialmente de las arañas recogidas. Según constancias del archivo del Museo de Ciencias Naturales de Madrid, aún se conservan algunos de los ejemplares tipos remitidos por Azara.

Hacia 1801 consiguió autorización para regresar a España. Se preocupó inmediatamente de la publicación de sus manuscritos aún inéditos. Por un raro evento el nombre de Azara fue conocido en Francia antes que en su patria por la traducción de sus Ensayos, mereciendo el caluroso elogio de Cuvier y otros ilustres naturalistas de la época. Se relacionó con ellos y alcanzó justa fama y renombre.

Dos obras fundamentales hacen imperecer su nombre: "De los Apuntamientos para la Historia Natural de los cuadrúpedos del Paraguay y Río de la Plata" y "De los Apuntamientos para la Historia Natural de los Pájaros del Paraguay y Río de la Plata".

Espíritu esclarecido, carácter decidido y abnegado, de probidad e integridad moral ejemplares, patriota sin alardes, hombre recto y desinteresado, tal la figura del patricio español que falleció en Barbuñales, su ciudad natal, a los 79 años de edad el 20 de octubre de 1821.

Alcides d'Orbigny (1802-1857). — "Nada faltábame para ser feliz... estaba en América."

Esas palabras tomadas de d'Orbigny son la mejor presentación del insigne naturalista e infatigable viajero por tierra americana.

Nació en Coveron (Francia), sobre el Loire, en un hogar de intelectuales, donde encontró el mejor ambiente para desarrollar sus dotes de inteligencia y aliento en su orientación vocacional. Así pudo desde muy temprano dedicarse al estudio de los organismos marinos y publicar a la edad de 22 años su monografía sobre Foraminíferos, que llamaría la atención del mundo científico. Trasladado a París se vinculó al Museo y alternó en los círculos científicos junto a las grandes personalidades de su tiempo: Cuvier, Geoffroy Saint Hilaire, Blainville, Latreille, Deshayes. Fue el momento del surgimiento de los estudios de Ciencias Naturales. El continente Americano, abierto a todas las exploraciones, desconocido en su geología, en su flora y su fauna, actuales y extinguidas, debía constituir la mira suprema de todos los naturalistas y las instituciones científicas preocuparse por las primicias que ofrecía. Fue así que el Museo de Ciencias Naturales de París confió al joven d'Orbigny la misión de recorrer la región austral del continente Americano, como naturalista viajero, asignándole un estipendio de 6.000 francos anuales, incluyendo el transporte de sus colecciones. La suma, con ser la máxima votada hasta entonces, resultaba tan pobre que Desfontaines, profesor de Botánica del Museo de París, le repetía, "no vaya a América; con esa suma se morirá de hambre". Fue gracias a un subsidio del duque de Rívoli que pudo solucionar el problema económico de su viaje, pues le asignó 3.000 francos anuales a su cuenta hasta 1830.

Habla muy favorablemente del joven sabio el hecho de haber diferido por un año su partida, a fin de acrecentar sus conocimientos, hacerse asesorar debidamente y prepararse, en una palabra, seriamente para obtener el máximo aprovechamiento de su viaje de exploración por tierras desconocidas. Partió del Puerto de Brest el 31 de julio de 1826. Con escalas en Tenerife y Río (ancló en Río el 24 de septiembre hasta el 11 de octubre) desembarca en Montevideo, de donde, tras una breve estada, sigue a Buenos Aires, a donde arriba en enero de 1827 justamente cuando se festeja la victoria naval del almirante Brown.

Su primer itinerario fue por el Paraná hasta Corrientes; allí trabajó conocimiento con el señor Parchappe, ex alumno de la escuela politécnica, que actuaba como ingeniero encargado de levantamientos topográficos. Concretaron un viaje al Sur de esa provincia, que ambos recorrieron en gran parte, interiorizándose de los hábitos de la población del país y de todo lo que directamente le interesaba a d'Orbigny, esto es, los productos naturales de la tierra, coleccionando sin desmayo y haciendo de preparador, naturalista viajero y geógrafo como él mismo dice.

Por ese entonces Parchappe debe bajar a Buenos Aires pues ha recibido un nombramiento de ingeniero geógrafo y d'Orbigny queda solo. Hace entonces una serie de excursiones que se traducen más tarde en su capítulo "Vistazos sobre Corrientes y sus habitantes". Comprende las zonas de Itatí, San Cosme, la laguna Iberá. Por el río Negro entra en la zona próxima chaqueña y regresa a Buenos Aires por el curso del Paraná. Pero baja a tierra y hace incursiones en etapas sucesivas al objeto de reconocer lo más posible del territorio; Empeadrado, Santa Lucía, Río Batel, Goya, Curuzú Cuatíá, son nombres que figuran repetidamente en su narración; y a lo largo de la provincia de Entre Ríos, Caballú Cuatíá, Conchillas, Bajada (hoy ciudad de Paraná). Cruza a Santa Fe y sigue por Coronada, San Lorenzo, Rosario y pasando el arroyo del Medio, paso a paso por el litoral de la provincia de Buenos Aires hasta la Capital.

Este recorrido que puede antojársenos tan fácil, era en su tiempo casi temerario, no sólo por los peligros naturales que amenazaban al viajero, malas condiciones de las embarcaciones, inseguridad de los bancos del río, falta de caminos y de baquianos, animales salvajes, como que un caimán le cortó un dedo, sino por los derivados del momento político, amenazado permanentemente de ser capturado por los piratas y salvándose milagrosamente de serlo. Y en cuanto a las incomodidades que soportó, galopes de quince leguas bajo la lluvia con su carga de conchillas, para apearse y dormir sobre un cuero, días y días alimentado con charque y galleta vieja, noches atormentado por los mosquitos y la inquietud del quién vive; vadeos forzosos con el agua a la cintura y la sola seguridad de su arma de fuego. Pero era feliz, estaba en América y realizaba plenamente su sueño.

D'Orbigny explora luego el Norte de la Patagonia, y de vuelta al Río de la Plata, se embarca para Chile. Tras una breve estada en ese país, atraviesa la Cordillera hacia 1830, para entrar en Bolivia, en donde se detiene y recoge la más asombrosa colección de moluscos terrestres y conchillas, cuyo estudio constituye una obra que es ella sola un verdadero monumento. De Bolivia va al Perú donde poco demora y sigue a Chile para embarcarse de regreso a su patria.

Ocho años han transcurrido desde su partida, 1826-1834, pero él tiene recién 32 años.

Su obra de viajero, verdadera hazaña de voluntad y coraje, va a ser completada con la del estudioso que va a fructificar en una obra inmortal: "Voyage dans l'Amerique Méridionale", editada en París en 1846.

Murió el 30 de junio de 1857, habiendo alcanzado los más altos honores.

Carlos Roberto Darwin (1809-1882). — Uno de los viajeros más ilustres que visitaron con fines científicos nuestro país y de los que alcanzaron mayor celebridad fue Carlos Darwin. El autor de la teoría de la descendencia declara en su autobiografía, que el viaje del *Beagle* fue el acontecimiento más importante de su vida, dándole la oportunidad de entrenar su mente. Sin duda, una jira de cinco años alrededor del mundo, era una excepcional oportunidad, para un joven de 23 años, para recoger observaciones de todo orden, pero fue un providencial acierto que resultara embarcado como naturalista del *Beagle* el hombre que resultaría más tarde el genial creador de la teoría de la evolución que lleva su nombre.

Como es conocido, el capitán Fitz-Roy ofrecía su cabina en el *Beagle* para un acompañante en carácter de naturalista, y el 27 de diciembre de 1831 partía Darwin en calidad de tal, llevando entre otros libros, como principal guía, el primer volumen de los "Principios de Geología" de Lyell, el gran geólogo contemporáneo. Su principal misión era el estudio y descripción geológica de las costas de Sud América, iniciado por el capitán King, pero al margen de ese programa se empeñó en cumplir otro mucho más vasto.

Su jira por América fue una serie prodigiosa de hazañas, las que sólo pudo enfrentar por una sobreestima de su verdadera capacidad física, pues sabemos que Darwin fue hombre de constitución más bien delicada.

Quien ha viajado por la Patagonia de hoy sabrá estimar lo que significó en ese tiempo remontar el Santa Cruz en un pequeño hote, viajar por sus interminables desiertos, atravesar la cordillera dos veces y hacer a caballo inmensas distancias de pampa desolada e insegura, desde Río Colorado hasta Buenos Aires.

Tocó el continente en Bahía el 29 de enero, quedando deslumbrado ante la formidable foresta tropical y lujuriente vegetación del trópico en América. Tras breves etapas en el Brasil y Uruguay, el *Beagle* llegó a la boca del río Negro, donde estaba situado el poblado más meridional de América: Carmen de Patagones. Allí desembarcó Darwin resuelto al más minucioso reconocimiento de nuestro territorio.

Sobreponiendo su voluntad a las trabas que la época ponía en su itinerario, consiguió llegar cabalgando hasta el campamento de Rosas sobre el río Colorado para gestionar los medios de proseguir por tierra hasta Bahía Blanca. Así pudo no sólo llegar hasta allí, sino hacer todo el largo recorrido de la provincia de Buenos Aires siguiendo la línea de postas que protegía la ruta de las acometidas de los indios, todavía señores de la tierra.

Los peligros y fatigas de tales jornadas no impidieron que nuestro viajero hiciera las más prolifas anotaciones sobre el país, sus características geológicas, botánicas y faunísticas. Nos han quedado así no sólo sus concepciones de geólogo y sus descubrimientos de paleontólogo, sino las más concretas referencias sobre las especies de mamíferos y aves indígenas particularmente, que habitaban nuestro país hasta el confín patagónico.

La lenta travesía a caballo le permitió ir anotando las particularidades del paisaje, las características de la región, la naturaleza del suelo, de las aguas, la estructura geológica de las sierras. Hace por primera vez el reconocimiento de la Sierra de la Ventana, y como ha convivido con los gauchos, como compañeros de ruta y guías, ha podido hablar del carácter y costumbres del criollo.

Descubrió en Punta Alta el enorme yacimiento fosilífero que encerraba los restos de los más grandes mamíferos extinguidos: el *Megatherium*, *Megalonyx*, *Macrauchenia*, *Toxodon*, *Myloodon*, *Glyptodon* y hasta restos del caballo fósil, depósito al que hacía referencia con el asombro que le produjera, como catacumba de monstruos de razas desaparecidas.

Llegado a Buenos Aires y luego de una incursión por el interior se reembarcó nuevamente con destino al sud.

Siguió su ruta por la costa patagónica de Santa Cruz haciendo la memorable incursión al interior, navegando aguas arriba el curso del gran río hasta la proximidad de su nacimiento en el Lago. Es entonces cuando se sintió hondamente influido por el embrujo de la inmensidad desierta y desolada de nuestra Patagonia, por las planicies escalonadas que se suceden, como gigantescas gradas desde la orilla del mar, por el manto de gujarros de extensión continental, según pudo apreciarlo, que cubre la tierra; por las inalcanzables fuentes del majestuoso Santa Cruz; por el misterio de la "tierra incógnita" que quedaba tras él.

No pretendo entrar a detallar las geniales deducciones extraídas de sus observaciones, que es tema para especialistas y fuera de oportunidad. Pero debemos recordar que con razón su nombre ha quedado para siempre ligado a nuestra tierra por sus teorías y descubrimientos.

Su última estada en nuestro país fue la de Tierra del Fuego, donde tuvo lugar su primer encuentro con salvajes y donde le esperaban las más duras pruebas de su gran aventura.

Llegado al Pacífico sintió el reclamo de la Cordillera, y por ella cruzó a Mendoza y volvió a pasarla para proseguir su itinerario costero en cumplimiento de su misión formal.

Según los entendidos, el estudio de la cordillera fue de valor imponderable como reconocido el mérito y originalidad de sus teorías, sobre las formaciones

de coral, por ejemplo, resultantes de sus observaciones de los atolones de la Polinesia.

En octubre de 1836 estaba de regreso en Inglaterra, donde debía madurar las geniales concepciones que le dieron fama y que ligaron para siempre su nombre al del suelo nuestro, en el que leyó en gran parte la historia de la tierra y la génesis del hombre.

Lo primero que dará a conocer en 1840 es su "Diario de un naturalista alrededor del mundo".

Con Darwin termina la época heroica de los grandes naturalistas viajeros.

Francisco Javier Muñiz (1795-1871). — Por sus estudios y versación en ciencias naturales debe ser considerado el primer naturalista argentino. Nace en Buenos Aires y estudia medicina. Fue profesor universitario. Instalado como médico en Chascomús, muy pronto, sin abandonar su profesión, su inclinación hacia las ciencias naturales se revela; con él aparece el primer paleontólogo de nuestro país. Se traslada a Luján y en las barrancas del río hace hallazgos de trascendencia. Aunque no lo conoció personalmente a Darwin, mantuvo con él un prolongado trato epistolar y el célebre naturalista inglés reiteradas veces aprecia la información fehaciente de Muñiz, y a través del océano cimentaron una firme y delicada amistad fructífera para ambos. Y así en carta le manifiesta: "Hace algún tiempo tuvo usted la fineza de mandarme por intermedio de Mr. E. Lumb algunos informes muy curiosos y para mí de mucho valor sobre la *vaca ñata*. Agradeceré cualquier otra información sobre los animales domésticos del Plata, como el origen de algunas razas de aves, cerdos, perros, ganados, etc. Algunas informaciones sobre todos estos puntos me serían muy útiles." El juicio que le merece Muñiz a Darwin queda establecido en estas palabras: "No puedo adecuadamente expresar cuanto admiro el continuado celo de usted, colocado como está, sin los medios de proseguir sus estudios científicos y sin que nadie simpatice con usted en los progresos de la historia natural". "Sinceramente deseo a usted prosperidad en sus admirables labores, y si en algún tiempo puedo servir a usted de algo, me será grato hacerlo." En el famoso "Origen de las Especies" ha quedado patentizado el provecho que Darwin extrajo de las observaciones de Muñiz. Él fue el precursor de Ameghino que abrió la brecha, y las barrancas de Luján nos están diciendo por qué nuestro sabio buscó inicialmente ese camino.

Francisco Javier Muñiz vivió 50 años adelantado a su época, en un medio totalmente indiferente a su preocupación intelectual, y el recuerdo de su personalidad no podría faltar en estas páginas.

Lo que antecede permite formarse idea del panorama de los primeros 50 años de Zoología en el nuevo país surgido en 1810. Todos los conocimientos y datos faunísticos de la época están consignados en las obras de los ilustres viajeros a que nos hemos referido, Darwin y d'Orbigny en primer término, o fueron laboriosamente incorporados por el esfuerzo tesonero de hombres que, como Muñiz, sobrepusieron sus ideales y vocación a todo otro interés, a pesar de las dificultades resultantes del crítico momento político que les tocó vivir.

Hubo que esperar que pasaran los días revueltos de la organización nacional, tras los más tristes de la tiranía y que la madurez política se tradujera en una carta constitucional que afianzara la seguridad y el orden interno para que la ciencia pudiera fructificar.

Fue entonces cuando se pudo contar con Burmeister, el hombre de la hora, que llegaba al país con talento vocacional y voluntad de trabajo, para aplicarse a la labor científica, y que tuvo la fortuna de vivir lo suficiente para dejar bien apuntalada su obra. La fecha de 1862 debe ser considerada como la del surgimiento de la Zoología en nuestro país.

Carlos Germán Burmeister (1807-1892). — ¿Por qué albures este profesor de una Universidad prusiana vino a radicarse en la Argentina? Lo tenemos enseñando entomología en Halle hacia el año 1850, ya hombre maduro —había nacido el 15 de enero de 1807—, cuando favorecido por una licencia y un subsidio del gobierno logra realizar un viaje al Brasil. Malgastó entonces lastimosamente su estada en Sudamérica, por un desgraciado accidente, que lo inmovilizó largos meses, y hubo de retornar a sus tareas, pero llevaba la firme intención de volver. Sus empeñosas gestiones tuvieron éxito y logró nuevo permiso y ayuda económica para un segundo viaje, que fue para él decisivo. Tocó de paso Río de Janeiro y siguió a Montevideo, desde donde tras una corta detención vino a Buenos Aires. Parece que la Argentina era su meta y su destino. De llegada se dirigió a Rosario y Paraná e hizo una visita al interior, hasta Mendoza, donde permaneció más de un año ocupado en coleccionar material zoológico. En mayo de 1858 estaba de regreso en Rosario.

Hizo entonces un ensayo de establecerse en el país, adquiriendo una quinta sobre el Paraná, en los alrededores de la capital entrerriana, y se supone que ello tendría más finalidad científica que de otro carácter. Pero las facilidades que aquello le proporcionaba como investigador se contrabalanceaban con los problemas que el mantenimiento de la quinta involucraba y resolvió deshacerse de la misma. De esta época y sobre esa zona son sus primeros estudios faunísticos y geológicos referidos a la Argentina.

Ya libre de arraigo se dedicó a reconocer el centro y norte del país. Visitó Córdoba, Tucumán, de la que guardó siempre los más cálidos recuerdos, y Catamarca, y salió al Pacífico por Copacabana, probablemente por el Paso de San Francisco, continuando por tierra hacia Copiapó y Caldera. En este punto se embarcó para El Callao, luego prosiguió a Panamá, desde donde dejó la tierra de América para regresar a Europa.

De llegada —mayo de 1860— tuvo una gran decepción al ver desierta su cátedra de entomología, como consecuencia de su supresión para la carrera de ciencias médicas, y esto, sumado a su decisión de volver a América, precipitaron su renuncia. Como él mismo lo dice en su viaje a través de las regiones del Plata (1861), "aquí se le ofrecía un campo de acción mucho más amplio que todo lo que jamás se le pudiera ofrecer en Prusia". Su objetivo desde ese momento fue Sudamérica, y su oportunidad, el rechazo por el profesor Bravard del cargo de director del Museo Público de Buenos Aires. Ofrecidos sus servicios al gobierno de la Provincia, luego de los consiguientes trámites, obtuvo su nombramiento de director y se hizo cargo del mismo en febrero de 1862.

Se ha reconocido ampliamente su capacidad como organizador, pues la antigua y benemérita institución cuya fundación se remontaba a Rivadavia, contenía colecciones de todo género, expuestas sin criterio alguno. En el viejo edificio de Perú y Alsina se reunían animales y minerales, restos fósiles y documentos históricos, trofeos y alfarería o piezas arqueológicas y curiosidades. Su tarea inicial fue pues la separación del material acumulado en tres secciones: una de

ciencias naturales a la que personalmente se dedicó; las otras dos, artística e histórica, que habrían de segregarse más tarde.

La colección de fósiles representados por los hallazgos de Francisco Javier Muñiz, desviaron la atención del entomólogo hacia la Paleontología, dando el primer impulso a esos estudios, en los que más habría de destacarse.

Compenetrado de la necesidad de un órgano de publicidad fundó los Anales del Museo Nacional, para dar a conocer los resultados de los estudios que se realizaban. El primer número apareció en 1866 y allí inició la serie de sus trabajos especializados en Paleontología. Para impulsar esta ciencia y reunir en un centro a todos los que coincidían en esta disciplina, fundó la Sociedad Paleontológica de Buenos Aires.

Pero no satisfecho con la colaboración que obtenía en el país para el avance de la ciencia, resolvió urgir la creación de una Facultad de Ciencias Exactas en Córdoba. "Me parece, decía, una necesidad urgente que la República Argentina tenga en su propio suelo un establecimiento científico capaz de educar maestros, no solamente para la enseñanza primaria, sino también para los estudios avanzados de las altas ciencias." La idea era juiciosa y estimable y obtuvo la más amplia acogida del presidente de la República, D. Domingo Faustino Sarmiento, quien por Decreto de 16 de marzo de 1870, lo designó como Comisario extraordinario y lo autorizó para contratar siete especialistas para las diferentes cátedras. Así nació la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba, con cinco profesores alemanes y un holandés y dos ayudantes también alemanes. Lo que parecía muy fácil de llevar a la práctica no lo fue sin embargo, y a consecuencia de los conflictos acaecidos dimitió Burmeister su cargo de director de la Academia en 1874. Es de justicia reconocer que si la Academia no tuvo la influencia decisiva para el desarrollo de las ciencias que de ella se esperaba, fue el más serio esfuerzo para realizarlo, y ello se debió a Burmeister. Al alejarse lo hizo confiando en que sus antiguos colegas seguirían trabajando sin interés personal, según su ejemplo, por el progreso científico de la Argentina y de su patria nativa. Personalmente se consagró con dedicación ejemplar a sus trabajos científicos, los que suman 285 títulos y van de 1829 a 1892, el año de su fallecimiento.

Entomólogo en su iniciación, ha dejado un Manual de Entomología en 8 tomos, 1832-1855, por sí solo consagratorio. Luego se revela mastozoólogo y ornitólogo a lo que debemos añadir su gran obra como paleontólogo; dió a conocer las sucesivas adquisiciones del Museo o los hallazgos más notables en los Anales por él fundados.

Un accidente acaecido en el propio Museo Nacional fue la causa de su muerte. Ella lo sorprendió, con sus 85 años, en plena tarea y sin denotar disminución de su capacidad intelectual ni debilidad en su esforzada voluntad de trabajo. Falleció el 2 de mayo de 1892.

H. Weyenbergh (1842-1885). — Holandés de nacimiento y universitario graduado en su país, llegó a la Argentina por expresa gestión de Burmeister, juntamente con el grupo de investigadores que constituyeron el primer plantel de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba.

En 1874 funda y dirige el "Periódico Zoológico", como órgano de la Sociedad Entomológica Argentina, que fue también creación suya. Señala que para ese entonces no existía ninguna sociedad que nucleara a los naturalistas, que sólo contaban con los Anales de Agricultura de la República Argentina. Con fecha 1875 aparece el segundo tomo del "Periódico Zoológico", ahora como Órgano

de la Sociedad Zoológica Argentina, que él mismo preside. No hay más que hojear las páginas del "Periódico Zoológico" para comprender la intensidad del esfuerzo desarrollado por Weyenbergh en un medio y circunstancias tan difíciles como las que existían en la época en que actuaba. Hubo de ocuparse de los asuntos zoológicos más diversos y es de admirar su sólida base para encararlos, sin ayuda bibliográfica ni de otra clase. No contaba con biblioteca especializada, ni con la comodidad de un laboratorio; tampoco disponía de colecciones y todo el material había de conseguirlo casi personalmente. Los medios de que podía disponer eran tan insignificantes que él mismo tuvo que contribuir a los gastos que le demandaba la publicación. Así refiere: "En prueba de mi afecto al progreso de esa ciencia y de la confianza que tengo en la trascendencia de ese pensamiento, ofrezco costear los gastos de esa publicación hasta tanto fuera necesario."

Alternaba sus tareas de investigador con las del naturalista de campo y con la de profesor, pues tenía a su cargo la enseñanza de la zoología para los estudiantes inscriptos en esa asignatura, respondiendo a la alta finalidad de la creación de la Academia.

Félix Lynch Arribalzaga (1854-1894). — Fue el primer gran entomólogo argentino, el que supo buscar su camino solo, sin recursos, en un medio indiferente.

Nacido en Buenos Aires el 3 de abril de 1854, pasó sus primeros años en la estancia de sus padres en el partido de Baradero y recibió de ellos educación elemental.

[Muy compañero de su hermano Enrique, su segundo, habían emprendido juntos diversos ensayos de exploración en el campo de las ciencias naturales, iniciando pequeñas colecciones de insectos, peces y aves, y haciendo tanteos bibliográficos, procurándose las obras que podían orientarlos en ese camino. Estos motivos de interés, tan distintos de las matemáticas o problemas técnicos de la ingeniería, carrera que cursaba, son reveladores del despertar de su vocación.

Hacia 1874 hubo de emigrar por los conflictos políticos de nuestro país y se ausentó al Paraguay. Esto le dió la oportunidad de conocer el país hermano y apreciar las diferencias faunísticas entre ambos, lo que colmó su entusiasmo y definió su vocación. Así fue que de regreso del Paraguay se orientó decididamente hacia la zoología, aplicándose al estudio de los insectos, con lo que culminó su tarea científica.

Al constituir su hogar, en 1877, hubo de volver a las labores del campo en la región del Baradero, pero ello no fue obstáculo para que continuase sus investigaciones, dando a publicación al año siguiente su primera contribución científica que era a la vez el primer trabajo entomológico aparecido en nuestro país. Se titula "Ensayo sobre los mutílidos del partido de Baradero". Lynch Arribalzaga tenía tan sólo 24 años. Su producción no es muy grande, pero la labor cumplida en las condiciones en que le tocó actuar es extraordinaria, lejos de todo centro científico, sin biblioteca fuera de la propia, naturalmente muy limitada, en un medio rural inapropiado. Supo triunfar por sus dotes de inteligencia y de carácter, superando todas las dificultades. Cultivó la amistad de Burmeister, Holmberg y Carlos Berg en la Argentina y de muchos grandes entomólogos de su época, de Europa y Norteamérica, a los cuales recurría y a

quienes consultaba sobre los problemas que se presentaban. Fue miembro de las sociedades de entomología de Francia y de Alemania y por cierto de las pocas argentinas de la época.

En la obra de Félix Lynch Arribálzaga hay dos trabajos fundamentales: "Estafilínidos de Buenos Aires", publicado por la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba en 1884 y que totaliza unas 400 páginas, y "Dipterología Argentina" aparecida en 5 partes, en las que considera las diferentes familias de Dípteros de la República Argentina. Hubiera bastado una sola de esas obras para consagrarlo como uno de los más eminentes especialistas de la época. Su talento era tan extraordinario que él mismo ilustraba sus trabajos a todo color.

Viajó por el interior del país durante los años 1892 y 1893, visitando Córdoba, Mendoza y Jujuy y luego Montevideo, donde resolvió expatriarse por disgustos que le ocasionaron profunda desazón y amargura. Pero no resistió la lejanía y a poco regresó a su ciudad natal para morir entre los suyos en la hora que él mismo se fijó. Tenía recién cumplidos los 40 años.

Ese 10 de abril de 1894 perdió el país un ciudadano ejemplar, que dio pruebas de serlo en todas las oportunidades en que una crisis política lo obligó a definirse y perdió un auténtico investigador logrado, de talento excepcional y condiciones de estudioso poco frecuentes.

La oración fúnebre estuvo a cargo de su entrañable amigo Eduardo L. Holmberg, quien, en conmovedoras palabras, puso de manifiesto el dolor determinado por su partida definitiva.

Carlos Berg (1843-1902).— Nació en Tuckum, en la Curlandia (Rusia), el 2 de abril de 1843, de una honorable familia de antiguo origen alemán. Desde muy niño reveló extraordinaria inclinación hacia las ciencias naturales y especialmente la entomología. Hizo el llamado profesorado de Estado y se graduó en la Escuela Técnica del Báltico, en Riga.

Fue Burmeister quien lo hizo venir a nuestro país, previa consulta con los profesores Gerstáker y Dohrn. Así joven de 30 años llegó en 1873, desconocido en el mundo científico.

Angel Gallardo, que fue espíritu ecuánime y muy medido, dijo: "La venida de Berg ha sido sin duda uno de los más grandes servicios que ha prestado Burmeister a la República Argentina." "La prudencia y discreción que distinguían al joven naturalista le permitieron permanecer tres años en el Museo al lado del eminente sabio, a pesar de su carácter difícil y severo." A su lado se formó Berg, convirtiéndose en un verdadero hombre de ciencia.

Al poco tiempo y por aquella misma influencia fue designado catedrático de Zoología en la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba, donde sólo había de quedar dos meses, y de regreso a Buenos Aires fue nombrado profesor de Historia Natural en el primer Colegio Nacional. Se recuerda que su incorporación determinó un cambio radical en el método de enseñanza de la zoología, y tanto prestigió la cátedra que no tardó mucho en recibir también la designación como titular de Zoología en la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires. Fue eximio profesor y muy querido por los que fueron sus alumnos y notable conferenciante si nos atenemos al valioso testimonio de Gallardo.

Berg con la alta reputación lograda fue llamado en 1890 para organizar científicamente el Museo de Historia Natural de Montevideo, y en 20 meses logra

su transformación completa. Pero su alejamiento de la Argentina fue corto. El accidente acaecido a Burmeister hizo pensar en el problema que significaba para la dirección del Museo Nacional y él mismo señaló el nombre de Berg para sucederle. Pensionado aquel con fecha 18 de abril de 1892, por el mismo Decreto del Superior Gobierno se designa como director al doctor Carlos Berg. Un mes después moría Burmeister.

La obra de Berg en los 10 años que estuvo al frente de la dirección del Museo Nacional ha sido enorme y por cierto no cabe detallarla en estas circunstancias. Reorganizó casi todas las colecciones científicas, creó nuevas secciones, como las de ictiología y herpetología; dio, en fin, un gran impulso a la de entomología.

Sus publicaciones pasan de 200. Se ocupó de cuestiones muy diversas y su reputación como entomólogo le dieron justa fama mundial, particularmente como hemipterólogo. Falleció el 19 de febrero de 1902.

Florentino Ameghino (1854-1911). — No sin emoción se siguen los progresos de este sabio solitario, formado casi sin maestros por el estudio directo de la naturaleza, desde que comenzó sus colecciones infantiles de fósiles en las barrancas pampeanas para alcanzar las más altas situaciones científicas en nuestro país, conquistando al mismo tiempo la reputación universal que ha adquirido hoy su nombre.

A los 17 años Florentino Ameghino, ex alumno de la Escuela Normal de Buenos Aires, fue nombrado subpreceptor de la escuela de Luján. Naturalmente el muchacho iba hasta el río en el que trataba de pescar para entretenerse, hasta que un día vio sobresalir de la barranca un hueso fósil, que extrajo, quedando intrigado por el hallazgo. Este hallazgo fortuito decidió su suerte en la vida y le marcó su camino. Desde ese momento su interés por los fósiles va en aumento y a su estudio ha de entregarse. En 1878 tiene lugar la Exposición Universal de París en cuya sección argentina se expone su colección de fósiles. Su venta era el único camino que veía para resolver el problema económico que su situación le planteaba. Necesitaba salir del estrecho ambiente de su país, vincularse con los naturalistas europeos, reunir bibliografía, enfin visitar las colecciones de los museos del viejo mundo. Logró su objetivo y así pudo estudiar los materiales del Museo de París, del Colegio de Cirujanos, del British Museum de Londres y del Museo de Copenhague y relacionarse con grandes personalidades como Owen, Flower, Cope, Pouchet, Gaudry, los Gervais y otros.

De esa manera, sin más que 26 años, publicó con Henry Gervais, su libro sobre los Mamíferos fósiles de la América Meridional, en el que figuran 70 especies nuevas sobre unas 300 en total. Aquello fue el índice de lo que podía esperarse del joven sabio.

En abril de 1902 el Superior Gobierno de la Nación nombraba a Ameghino director del Museo Nacional en reemplazo de Carlos Berg. Estableció como divisa: el Museo para los estudiosos y pidió la colaboración de todos los que se interesaran en esas disciplinas. Las colecciones se acrecentaron en tal medida que en los 10 años que estuvo en sus manos entraron al Museo 71.300 objetos.

Organizó numerosas exploraciones, en las que fue *factotum* su hermano Carlos y creó el sistema de corresponsales, a los que se debe la adquisición de materiales de inestimable valor.

Su obra geológica, paleogeográfica y antropológica es demasiado compleja para ser examinada en unas líneas. Baste decir que ella comprende 20.000 pá-

ginas impresas y que este genio que fue Ameghino realizó solo la tarea de muchos investigadores. Trabajando de día y de noche, como él mismo lo declara, llegó a determinar gran parte del espléndido material recogido en Santa Cruz por su hermano Carlos, comisionado por el Museo de La Plata. Su "Contribución al conocimiento de los mamíferos fósiles de la República Argentina" es un verdadero monumento dedicado a la ciencia argentina. De la "Antigüedad del hombre en el Plata" se dijo que representa una columna miliaria en la historia de la paleo-antropología sudamericana.

Por su estupenda labor intelectual Ameghino debe figurar al lado de los sabios más eminentes de nuestro tiempo. Este hombre prodigioso, murió relativamente joven, a los 57 años de edad, en la ciudad de La Plata, donde residía desde largo tiempo, el 6 de agosto de 1911.

Eduardo Ladislao Holmberg (1852-1937). — Nació en Buenos Aires el 27 de junio de 1852, hijo del coronel Eduardo Holmberg, bravo guerrero de la independencia y nieto de Eduardo Kannitz, Barón de Holmberg, que reservará como apellido el de su título, anulado por resolución de la Asamblea del año 13.

Su inscripción en la Facultad de Medicina respondía a sus elevados anhelos de saber y de ser útil a sus semejantes. Tuvo los más grandes maestros: Montes de Oca, Rawson, Nicanor Albarellos, Ignacio Pirovano, Antonio Pardo y Cleto Aguirre. Respecto a éste ha dicho: "Si por aprender algo se siente hambre, desde que ingresé a la Facultad yo estaba hambriendo por llegar al curso de Aguirre." Una estrecha amistad unió en adelante a maestro y discípulo, siendo así que a él será dedicada su tesis de doctorado. Mientras tanto es nombrado profesor en la Escuela Normal y encargado más tarde del estudio de la fauna de Salta. ¡Adiós la medicina! Su título quedó postergado hasta 1880 y cuando lo tuvo no hizo aplicación utilitaria del mismo, porque jamás quiso cobrar, considerando que el "dinero del enfermo llena el espíritu de amargura", y le repugnó ejercerla. Se conformó con mantener su chapa en la puerta, porque se sentía, eso sí, orgulloso de su título de médico. No fue pues, nunca médico, en el sentido práctico de la palabra, pero esos estudios le dieron los conocimientos básicos, y el criterio para resolver los problemas que como naturalista había de afrontar.

Por esos años se estrecha su amistad con los hermanos Lynch Arribálzaga, que habría de perdurar hasta su muerte. Con Enrique fundó en 1878 "El Naturalista Argentino" que fue el primer periódico científico, genuinamente argentino, en que aparecen los trabajos iniciales y diagnosis de especies de nuestra fauna.

Los zoólogos le debemos la fundación de la revista "Apuntes de Historia Natural", cuya primera entrega vio la luz en enero de 1909 y en la que aparecen diagnosis de varias especies de moluscos terrestres nuevos para la Argentina; desapareció pero no antes de haber asegurado la nueva semilla, pues en ella se inspiraron los fundadores de "Physis", la revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales.

Recibió los más grandes honores. La Universidad lo designó doctor honoris causa en Ciencias Naturales, académico honorario de la Facultad de Medicina, presidente de la Academia Nacional de Ciencias.

La obra publicada es múltiple y variada, abarcando los tópicos más diversos, pero de ese conjunto hay que señalar sobre todo la referente a Arácnidos e Himenópteros. Evidentemente fue el primer aracnólogo argentino.

Tras un largo y muy penoso declinar, falleció el 4 de noviembre de 1937 a la edad de 85 años.

Adolfo Doering (1848-1926). — Nació el 22 de enero de 1848 en Hannover (Alemania), y escasamente con 24 años de edad llegó a nuestro país formando parte del grupo de investigadores que hiciera venir Burmeister durante la presidencia de Sarmiento. Se inició como ayudante en el laboratorio de química de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba, después de haber suspendido sus estudios en la Universidad de Goettingen.

Su afición, sin embargo, estaba en las ciencias naturales y en la zoología particularmente. Fue el primer malacólogo de actuación en la Argentina y sus trabajos sobre moluscos honraron las páginas del "Periódico Zoológico" que fundara Weyenbergh y las publicaciones de la Academia de Córdoba. Hizo conocer numerosas especies, en particular de la zona serrana cordobesa, donde no se habían coleccionado moluscos anteriormente. Su obra en ese sentido será imperecedera. Se ocupó también de aves y la Sociedad Ornitológica del Plata lo designó su Miembro Correspondiente en Córdoba.

Formó parte de importantes expediciones y en mérito a su destacada actuación científica la Academia Nacional de Ciencias, de la que fuera también presidente, le otorgó el título de doctor *honoris causa*. Fue decano de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de la Universidad mediterránea.

Falleció en Capilla del Monte el 19 de febrero de 1926.

Guillermo Enrique Hudson (1841-1922). — Guillermo Enrique Hudson ha sido, con justa razón, llamado el hijo de la Pampa. Nació en ella y murió con la visión de las lagunas de su tierra nativa, embellecidas por el recuerdo.

Sabemos que vio la luz en la quinta llamada Los 25 Ombues el 4 de agosto de 1841, próxima a Quilmes, hoy Florencio Varela, en un hogar de puritanos. Sus padres, ambos norteamericanos, se habían expatriado con esa fácil decisión de los anglosajones para erradicarse, a fin de verse libres de las estrictas normas impositivas de una familia cuáquera.

Luego la familia fue a radicarse a Chascomús, en la estancia "Las Acacias", donde transcurrió la infancia de Guillermo Enrique y sus cinco hermanos.

El campo era la planicie verde e igual, extendida hasta el horizonte, salpicada de pajonales y lagunas que no alteraban la uniformidad del paisaje. Ese fue el panorama que contemplaran sus ojos y que habría de conservar hasta la muerte. Hizo la vida libre de los paisanos, correteando desde pequeño en su petizo, solitario casi siempre, escuchando tendido entre los juncos el canto de los pájaros, el deslizarse de las aves acuáticas en la laguna, espiando su forma de anidar. Es su edad feliz y el período de oro en que atesora las impresiones que han de ser la fuente inagotable para su obra de escritor, mientras va acumulando, sin proponérselo, los conocimientos del naturalista.

Porque Hudson fue un maestro de la literatura sobre sus fundamentos de naturalista. No fue naturalista por aspiración científica, sino por impulso vocacional. No se preocupó por lo que podría significar su contribución al conocimiento de los hombres, sino que se acercó a la naturaleza, mas precisamente diríamos a las aves, como San Francisco de Asís, porque las sintió "sus hermanas". Es a través de ellas, o por su punto de vista, que juzgará y apreciará a los hombres.

Creció y se hizo hombre como gaucho vagabundo, con un fondo de rebeldía siempre solitario, entreteniéndose en las charlas de fogón, pero sin abrir su interior a los demás por su carácter extremadamente reservado o tímido.

La primera indicación de su actividad como ornitólogo está dada por el envío a la Smithsonian Institution, de Washington, de una colección de pieles de aves. Se le dio tal importancia al envío en Estados Unidos que fue remitida a Inglaterra para que la estudiaran Sclater y Salvin, quienes informaron los resultados en una sesión de la Zoological Society de Londres, en 1868.

Pero un buen día, con la misma facilidad de erradicación que sus padres, lo tenemos en viaje a Inglaterra, donde se instalaría definitivamente. Ha terminado para él la vida plena que llevó en América y va a iniciar una época penosa.

La necesidad lo hace escritor. Su primer libro, "Tierra purpúrea que Inglaterra perdió", es un fracaso editorial, y ello lo obliga a detenerse en su camino. Pero con el "Naturalista en el Plata" renace su confianza y encuentra su ruta hacia el éxito. Apela a los recuerdos que atesora de su edad feliz y de su patria distante y vuelca en sus páginas todo el secreto de su alma que ha mantenido sellada medio siglo.

Los pájaros, sus amigos de niño, cobran presencia y dan alas a su pluma. Se empeña en buscar la más acabada expresión para volcar sus impresiones y transmitir las al lector, y así se esmera y enriquece su léxico. Por eso Jorge Caesares dice que a Hudson los pájaros lo hicieron literato.

Fue el más fino detector de las armonías, de la belleza de la Naturaleza, y eso explica su natural antipatía por los naturalistas de gabinete, con quienes no se entendió nunca. De ahí sus pocas cordiales relaciones con los ornitólogos que hubiera podido esperarse fueran sus amigos: Newton, Gould, que clasificara las aves de Darwin, y Sclater, su colaborador, que estudió su propio envío a la Smithsonian Institution. Se entendió, en cambio, a maravillas con Sir Ogilvie Grant, propagandista de las reservas naturales de aves y director de la Sección Ornitología del Museo Británico. Como prueba final de su inalterable y permanente amor por los pájaros dejó en su hora final a la Bird Society sus derechos de autor. Era lo último que podía hacer por ellos.

Los argentinos no hemos de olvidar a este compatriota insigne, a este rebelde y romántico hijo de la pampa a la que dedica su postrera lamentación: "¡Terminaré mi vida separado de ellas (las lagunas) por miles de millas, acariciando en mi corazón, hasta el final, la imagen imperecedera de una hermosura que ya desaparece de la tierra." Falleció en Inglaterra en 1922.

Angel Gallardo (1867-1934). — Es con emoción que voy a recordar su figura ejemplar, pues debo asociarla a la de mi padre, su compañero de estudios en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires allá por 1894. Gallardo ya desde entonces frecuentaba el Museo de Buenos Aires, vecino a la Universidad y Facultad de Ciencias Exactas. Evidentemente Carlos Berg tuvo una influencia decisiva en la formación científica de Gallardo y su inclinación hacia los estudios zoológicos. En 1895 ya era catedrático de Historia Natural en el Colegio Nacional de Buenos Aires y dos años después profesor suplente de la Facultad en la cátedra de Zoología de la que era titular Berg.

Pasó dos años en Europa estudiando particularmente en Francia al lado de Delage y Giard y junto a esos maestros gestó un notable trabajo: "Essai d'interpretation des figures kariocinetiques" publicado en los Anales del Museo Nacional en 1896 y en el que daba una explicación de la división celular. Fue tema de su tesis del doctorado en Ciencias Naturales en 1902.

Pudo ser el sucesor de Berg en la dirección del Museo Nacional de Buenos Aires, pero en un gesto de probidad muy propio de él, dió paso a la designa-

ción de Florentino Ameghino. Al fallecimiento de éste, en 1911, es designado Gallardo para sucederle.

Sólo cinco años estuvo Gallardo frente al Museo, pero su paso por él dejó honda huella. Requerido para funciones eminentes: presidente del Consejo Nacional de Educación, embajador en Roma, ministro de Relaciones Exteriores, rector de la Universidad de Buenos Aires, no se perdió sin embargo el naturalista que en él había y sus horas libres, cuando estuvo en el país, fueron dedicadas al Museo, que nunca olvidó.

Apasionado por el estudio de las hormigas, publicó importantes trabajos sobre ellas; como zoólogo tuvo gran predilección por la entomología. Recuerdo como gustaba cambiar ideas con Bruch, y aun siendo ministro de Relaciones Exteriores siempre había una puerta reservada por donde pudiera pasar el colega a platicar sobre hormigas, de las que eran ambos tan grandes conocedores.

Presidente de la Sociedad Científica Argentina, miembro de academias argentinas y extranjeras que se honraron honrándolo, don Angel Gallardo falleció el 13 de mayo de 1934. Sus exequias constituyeron la más acabada expresión del dolor nacional que su muerte significó. Un gran argentino había partido, y al decir de Juan P. Ramos, una figura que se agranda a medida que el tiempo transcurre.

Fernando Lahille (1861-1940). — Fue uno de los más eminentes zoólogos que actuaron en la Argentina, y muy justificado estuvo que Francisco P. Moreno, a poco de fundado el Museo de La Plata, buscara en Europa a uno de los más promisorios valores. Nacido en Francia el 18 de julio de 1861, se graduó de doctor en Ciencias Naturales en la Universidad de París, y dos años después de doctor en medicina. Ya profesor en la Facultad de Ciencias de Toulouse, llegó a nuestro país, con 32 años, el 15 de septiembre de 1893, para ocupar la jefatura de la sección Zoología. El propósito de Moreno al hacer venir a Lahille era el de iniciar el estudio de la fauna de nuestra extensa costa marítima y para ello nadie mejor que el joven zoólogo, discípulo de Lacaze-Duthiers, que venía respaldado por una notable tesis sobre los Tunicados de las costas de Francia.

Seis años permaneció en el Museo de La Plata; proyectó la primera estación hidrobiológica en Sudamérica, delineó las leyes de pesca y publicó importantes trabajos sobre moluscos, ballenas y peces. En 1899 dejó el Museo de La Plata para incorporarse al Ministerio de Agricultura, recién creado, como jefe de la División de Caza y Pesca de la Nación.

Durante los 35 años de actuación en nuestro país, produjo alrededor de 270 trabajos, que al margen de su valor científico reflejan su agudo sentido crítico y su fino talento de escritor, dueño de un estilo personalísimo. Su producción ha sido varia, pero sobre todo orientada hacia el estudio de los peces, problemas de zoología aplicada y cuestiones pesqueras por así requerírsele su cargo.

De haber permanecido en Francia, Lahille hubiera alcanzado la más alta jerarquía científica en el campo de la zoología y su nombre habría figurado a la par del de los más grandes maestros del comienzo de nuestro siglo.

Inteligencia luminosa, sus facetas de filósofo se pusieron de manifiesto en casi todos sus trabajos, por su método y por la profundidad de su pensamiento. Fue un real investigador, que luchó en condiciones muy adversas; trabajó con un conocimiento profundo de las formas animales que consideraba; absolutamente reacio a toda forma de recopilación. Como profesor fue extraordina-

rio, y los que fueron sus alumnos no habrán por cierto olvidado su chispa y la profundidad de sus conceptos. En esta hora del recuerdo debo mentarlo a Angel Cabrera, el gran mastozoólogo recientemente desaparecido, quien refiriéndose a él, dijo: "En el doctor Lahille, el naturalista filósofo a la manera de Buffon y de Lamarck se confunde con el naturalista observador, con el zoólogo descriptivo, al modo de Daubenton y como Milne-Edwards; amalgama poco frecuente por desgracia y por lo mismo doblemente estimable. Me atrevo a afirmar que pocos hombres de ciencia han acertado como él a combinar en sus trabajos estos dos aspectos de su saber. De ahí que en su producción no se encuentre nunca esa cansadora sequedad, ese matiz monótono, que caracterizan la inmensa mayoría de los trabajos científicos. Los suyos tienen algo de galanos tejidos, en los que la urdimbre filosófica se entrecruza agradablemente con la trama que forman las sinonimias, las descripciones minuciosas y las claves dicotómicas. Pero entiéndase bien, Lahille es ante todo y sobre todo investigador concienzudo, tal vez por lo mismo que ha investigado siempre movido por su espíritu filosófico."

Se extinguió Lahille el 13 de julio de 1940, a los 79 años de edad.

Juan Brèthes (1871-1928). — Es J. H. Fabre, nada menos, quien en sus *Recuerdos entomológicos* descubre al joven entomólogo que hay bajo el hábito de Frère Judulien. "Correr el mundo, tierras y mares, de un polo al otro; interrogar la vida bajo todos los climas, en la infinita variedad de sus manifestaciones, he ahí ciertamente el sueño de mis años jóvenes, mientras que Robinson hacía mis delicias" decía el magnífico solitario de Serignan para referirse a Brèthes en su descripción de *Les Bousiers des Pampas* al señalar la biología del *Phanaeus splendidulus*. "Esta fortuna inesperada se la debo a uno de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, al Hermano Judulien, del Colegio de La Salle, de Buenos Aires. Su modestia se ofendería de los elogios que le debo. Digamos solamente que bajo mis indicaciones sus ojos reemplazaron a los míos. El busca, él encuentra, él observa, él me envía sus notas y sus pesquisas... Yo observo, yo busco, yo encuentro con él por correspondencia. En fin, gracias al excelente colaborador me traslado a las pampas de la República Argentina, deseoso de poner en paralelo la industria de los "bousiers" de Serignan con las de sus émulos del otro hemisferio." Sólo un investigador meticuloso, un observador muy sagaz, podía satisfacer al supremo observador que fué Fabre.

Nacido en Francia, en Saint Severs, en las Landas de la Vasconia, el 24 de febrero de 1871, vino adolescente a la Argentina. Estudió y enseñó en el Colegio de La Salle como Frère Judulien y así firma su primer trabajo "Quelques notes sur plusieurs Coprophages", aparecido en 1899 en la Revista del Museo Nacional. Pero su vocación de naturalista se impuso decidiéndolo a dejar sus hábitos para figurar en adelante como simple civil Juan Brèthes.

En 1902 fue incorporado al Museo Nacional de Buenos Aires, por Florentino Ameghino como sucesor de Carlos Berg en la Sección Entomológica. Ahí actuó por 26 años, hasta el fin de sus días. Su colección, iniciada en 1895, totalizó unas 300 cajas y no menos de 40.000 insectos, excediendo las especies descriptas la cifra de 1.100.

Su obra se tradujo en algo más de 200 títulos, referidos especialmente a himenópteros y dípteros; también le preocuparon coleópteros, lepidópteros, cochinillas y aun arácnidos.

Profesor universitario en la Facultad de Agronomía y Veterinaria de La

Plata, donde desempeñó la cátedra de Entomología Agrícola, fue honrado con muy altas distinciones, como la de doctor "honoris causa" de la Universidad de Lima; Miembro de la Real Sociedad Española de Historia Natural y de asociaciones científicas de Francia, Estados Unidos, México, Brasil y Chile y por cierto de las argentinas.

Juan Brèthes falleció en Buenos Aires el 2 de julio de 1928.

Roberto Dabbene (1864-1938). — Apenas graduado de doctor en Ciencias Naturales en la Universidad de Génova, con su tesis "Gli organi di sostengno negli animali invertebrati", en 1886, llegó este joven naturalista a tierras de América en busca del amplio campo que su vocación reclamaba. Tras una breve estada en el Perú, el destino lo trajo a la Argentina, donde iba a permanecer hasta el fin de sus días consagrado al estudio de las aves. Pasó los primeros años en Córdoba enseñando química, pero en 1890 se trasladó a Buenos Aires incorporándose al personal del Jardín Zoológico, cuya dirección ejercía en ese entonces el doctor Eduardo L. Holmberg. Ahí quedó por diez años dedicado al estudio de las aves, hasta que, a propuesta de Carlos Berg, hacia 1900 ingresó como naturalista viajero al Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires, donde había de transcurrir su vida entera de investigador.

Un viaje a Misiones, otro a Tierra del Fuego, sirvieron para acreditar sus méritos de estudioso, y es así que Ameghino, a la sazón director del Museo por fallecimiento de Berg, lo incorporó definitivamente para organizar la sección ornitológica, apenas esbozada entonces. Trabajó Dabbene sin desmayo ni pérdida de vista de su especialidad, y en pocos años logró acrecentar considerablemente las colecciones confiadas a su competencia.

Su labor científica tuvo expresión en la gran obra *Ornitología Argentina*, que apareció en 1910, constituyendo un tomo de los *Anales del Museo*.

Numerosas publicaciones aparecidas prácticamente hasta el momento de su desaparición dicen de su obra sin par en el conocimiento científico de las aves de la Argentina.

Treinta años duró su actuación en el Museo Nacional al frente de la Sección de Ornitología. Fue fundador y primer presidente de la Sociedad Ornitológica del Plata, encauzando su revista, "El Hornero", en sus primeros años. Las más importantes sociedades ornitológicas del mundo lo contaron como miembro correspondiente, tal su prestigio bien ganado.

Dabbene fue un ejemplo de la más genuina probidad intelectual, y con su muerte, acaecida el 20 de octubre de 1938, perdió la ciencia de nuestro país a uno de sus más grandes exponentes.

Carlos Bruch (1869-1943). — Su vida estuvo íntimamente ligada a la del Museo de La Plata. Nació en Munich (Alemania) el 1º de abril de 1869, donde realizó estudios primarios y secundarios. Llegó a nuestro país en 1887, cuando tenía 18 años de edad y al poco tiempo ingresó al Museo donde habría de pasar su vida científica. El mismo así lo declara al decir: "Informado que en el Museo de La Plata, aún en construcción, se buscaba un joven entendido en trabajos fotográficos y procedimientos de reproducción, no vacilé en presentarme a su fundador, el doctor Francisco P. Moreno. Y esta primera visita a La Plata y su Museo me colmó de encanto y esperanzas. Comprendí que ahí habría de ser el ambiente verdadero para el futuro destino que ambicionaba. Felizmente lo

pude lograr incorporándome a esa Institución desde fines de diciembre de 1887, en ésta mi patria adoptiva.”

Su actuación en los primeros años se concretó a instalar y dirigir la imprenta propia del Museo y frutos de su esfuerzo y tesón fueron la aparición de la *Revista y Anales* en que se utilizó por primera vez la fototipia en nuestro país. Pero no era esa la inclinación de Bruch. Al venir de Europa trajo su colección de insectos; aquí la prosiguió dedicándose a la captura en los momentos libres. En 1896 con ella se inició la sección Entomológica, al mismo tiempo que establecía relaciones con los mas renombrados especialistas de esa hora. Realizó viajes, primero a Catamarca, después al norte de la Patagonia, posteriormente en compañía del Perito Moreno, observando y coleccionando adonde llega. En 1906 es designado profesor de Zoología y se hace cargo además del Departamento correspondiente. Nueve años después la Universidad de La Plata lo honra con su máxima jerarquía al nombrarlo doctor “honoris causa”.

En 1920 se retiró del Museo de La Plata con una merecida jubilación después de 33 años de actuación continua. Trece géneros recuerdan su nombre y casi 400 especies le fueron dedicadas. Publicó 168 trabajos, especialmente sobre coleópteros y hormigas, habiendo realizado sobre éstas, observaciones biológicas que le dieron muy justa notoriedad.

Falleció en Vicente López (Buenos Aires) el 3 de julio de 1943.

Miguel Fernández (1883-1950).— Cuando en 1905 se le escribió al famoso Arnold Lang requiriéndole el nombre de un candidato para ocupar la cátedra de Zoología en el Museo de La Plata, recién incorporado a la Universidad que surgía, contestó el sabio de Zúrich: “Considero al doctor Fernández la persona indicada, desde todo punto de vista, para desempeñar el cargo de zoólogo. Ha sido uno de mis mejores alumnos, si no el mejor. Ha trabajado mucho tiempo en mi laboratorio y ha hecho una tesis muy superior sobre el sistema vascular de los Tunicados que se ha publicado en una de las revistas alemanas más renombradas. Ha obtenido el título de doctor con la clasificación de sobresaliente, lo que aquí muy raras veces sucede. Es muy inteligente y una cabeza superior.”

Esta fue la presentación del que juzgo el profesor de Zoología más extraordinario que ha tenido nuestro país hasta el presente. El joven profesor, con escasos 23 años, inició sus cursos en 1906 y por 20 años enseñó zoología con suprema jerarquía.

Defendiendo su convicción de la necesidad de la especialización en zoología dejó la cátedra en el Instituto del Museo de La Plata y se trasladó a la Universidad de Córdoba, donde halló el clima que colmaba sus aspiraciones. Durante 17 años más impartió enseñanza y formó discípulos que ocupan ahora las cátedras de la especialidad en la Facultad de Ciencias Naturales mediterránea. Vivo en ellos está el recuerdo del insigne maestro.

El nombre de Miguel Fernández está asociado a dos notables descubrimientos: en 1904 aparece su trabajo “Sobre la anatomía microscópica del aparato vascular en los Tunicados” donde se fija el origen del endotelio y del endocardio. En contra de las ideas de su maestro Lang y de lo que se sostenía entonces, respecto al origen endodérmico del sistema sanguíneo, Fernández logró demostrar que el mismo era mesenquimático y no el que se había supuesto. Poco tiempo después, en 1906, su esposa, doctora Kati Marcinowski, en su notable trabajo de tesis, estudiando Anfibios comprobaba y establecía

de un modo definitivo el origen mesodérmico del sistema vascular en los vertebrados.

El otro descubrimiento de Fernández fue el de la poliembrionía específica en los mamíferos, establecida por él en el año 1909. En la Revista del Museo de La Plata apareció en 1915 su gran trabajo sobre el "Desarrollo embrionario de la Mulita", en el que hace un exhaustivo examen de la poliembrionía. Kati Fernández colabora y estudia el sistema nervioso central.

Muchos otros trabajos, como el que establece el origen del pelo y de las placas dérmicas de los tatúes, han sido en sus conclusiones inamovibles. Investigador excepcional, maestro como no hubo otro entre nosotros y hombre de una rectitud inigualable, su recuerdo debe ser permanentemente enaltecido. Los que fuimos sus alumnos en La Plata, evocamos con veneración la figura del maestro.

Miguel Fernández falleció en Alta Gracia, Córdoba, el 29 de abril de 1950, a los 67 años de edad.

Lucas Kraglievich (1886-1932).—Nació en Balcarce, provincia de Buenos Aires, de padre austríaco y madre argentina. Muy avanzados sus estudios de ingeniería los abandonó para seguir tras su vocación por las ciencias naturales o más concretamente por la paleontología. Sin duda la obra de Florentino Ameghino ejerció gran influencia sobre él, llegando a ser con el tiempo el más conspicuo continuador y el más grande pelaontólogo que le siguiera.

Se formó junto a Carlos Ameghino y por esa época se incorporó al Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires, donde, sin estímulo alguno, estudió con pasión, incansablemente.

Luchó con enormes dificultades, sosteniéndose en la pobreza para no frustrar su vocación. Su talento y dedicación se tradujeron en una obra escrita de méritos perdurables. Sus trabajos sobre cánidos, roedores y gravígrados fósiles le dieron justo renombre.

Escasamente tenía 45 años de edad cuando la muerte lo abatió el 13 de marzo de 1932. Su obra abarca más de 100 títulos y supera el millar de páginas.

Martín Doello-Jurado (1884-1948).—Nació en Gualaguaychú, provincia de Entre Ríos, el 4 de julio de 1884, y muy temprano fue atraído por el prestigioso ascendiente de Eduardo L. Holmberg.

Sus primeros trabajos fueron de orientación biológica, pero bien pronto se definió por la Malacología. Fue en realidad el creador de la sección en el Museo Nacional de Historia Natural, y bien conocida es la altísima importancia de las colecciones de invertebrados marinos que se deben a su esfuerzo. Las búsquedas en el litoral marítimo argentino fueron su permanente interés durante su vida. Por su iniciativa y constante empeño consiguió apoyo oficial para alcanzar su objetivo, aprovechando los viajes de barcos de la Marina, y así logró reunir materiales que ingresaron al Museo, enriqueciendo la colección malacológica en particular.

Desde su cátedra de Zoología del Instituto del Profesorado supo formar discípulos en distintas disciplinas de las Ciencias Naturales.

Como profesor de Paleontología para el doctorado en Ciencias Naturales de la Universidad de Buenos Aires, se ocupó especialmente de moluscos fósiles y por su intervención se obtuvo para el Museo Nacional la importante colección de moluscos fósiles de von Ihering.

Designado director del Museo de Buenos Aires en 1923, quedó al frente de la gran institución por 23 años, logrando, gracias a su perseverante gestión, la construcción y habilitación del magnífico edificio del Parque Centenario, que vino a resolver el muy serio problema que significaba la falta de local adecuado para el Museo.

La fecha de inauguración del Museo es la fecha consagradoria de su nombre como naturalista.

Doello Jurado figuró en todas las iniciativas importantes para el progreso de la Zoología en nuestro país. A él se debe la creación de la primera Estación de Biología Marina, que funciona desde hace más de treinta años en Puerto Quequén como dependencia del Museo Argentino de Ciencias Naturales.

Fue fundador y presidente de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales y fundador también de la Sociedad Ornitológica del Plata.

Sus trabajos científicos aparecieron desde 1908 hasta 1940 y versan en su casi totalidad sobre moluscos actuales y fósiles.

Martín Doello Jurado falleció en Buenos Aires el 9 de octubre de 1948.

* * *

Hemos tratado de dar una reseña biográfica de las figuras que más se han empeñado por el progreso de la Zoología en nuestro país, pero sería injusto silenciar los nombres de muchos otros que aportaron su contribución y merecen reconocimiento. Tales como José María de la Rúa, que se ocupó de Protozoos; Pedro Serié, de Herpetología; Luis Deletang, de Homópteros; Pedro Joergensen que ha dejado importantes aportaciones al conocimiento de Himenópteros, Lepidópteros y Zoecésidos; Arturo G. Frers, extraordinaria promesa, tan prematuramente desaparecido; Eugenio Giacomelli, Deidamia Giambiaggi (Isópodos), Juana Petrocchi (mosquitos), José Canals (Aracnidos), Pedro Denier (Meloídos y Curculiónidos); Adolfo Breyer y Ernesto Dallas, esforzados paladines de nuestra entomología; Lizer y Trelles (cochinillas), Aczél (Dípteros), Francisco Monrós (Crisomélidos), también tempranamente malogrado, y, en fin, Angel Cabrera, verdadero monumento a la Zoología, que debía acompañarnos hoy y cuya muerte reciente nos ha llenado de congoja. De todas maneras él nos está presidiendo ya que su presencia está en cada uno de nosotros.

Para terminar: ¿Qué prueba más cabal se puede haber dado que el Primer Congreso Sudamericano de Zoología realizado en La Plata el pasado año 1959? No sólo fue demostrativo del esfuerzo argentino en el campo de la Zoología, sino que el mismo vino a revelar iguales propósitos de superación en Brasil, Chile, Uruguay y, en fin, en Sudamérica toda. Debemos mantener la más sana emulación y hacemos votos para que el Segundo Congreso Latinoamericano a reunirse en Río de Janeiro de aquí un par de años, sirva para certificar nuevos progresos y para el mayor acercamiento a nuestros hermanos de América Meridional.

ProBiota

(Programa para el estudio y uso sustentable de la biota austral)

Museo de La Plata
Facultad de Ciencias Naturales y Museo, UNLP
Paseo del Bosque s/n, 1900 La Plata, Argentina

Directores

Dr. Hugo L. López
hlopez@fcnym.unlp.edu.ar

Dr. Jorge V. Crisci
crisci@fcnym.unlp.edu.ar

Versión Electrónica

Diseño, composición y procesamiento de imágenes

Justina Ponte Gómez

**División Zoología Vertebrados
FCNyM, UNLP**

jpg_47@yahoo.com.mx

<http://ictiologiaargentina.blogspot.com/>

<http://raulringuelet.blogspot.com.ar/>

Indizada en la base de datos ASFA C.S.A.